

ban su merecido al fin de la vida segun sus obras; pero fuera desta ley universal puede Dios usar de especial gracia con algunos para gloria suya, y dar muerte de justos á los que tuvieron vida de pecadores, como tambien podria acaescer que el que hubiese vivido como justo, por algun secreto juicio de Dios viniese á morir como pecador, que es como el que ha navegado prósperamente toda la carrera, y á boca del puerto viniese á padecer tormenta. Por lo cual dijo Salomon (a): ¿Quién sabe si el espíritu de los hijos de Adam sube á lo alto, y el espíritu de las bestias deciende á lo bajo? Porque aunque universalmente acaesce que las ánimas de los que viven como bestias deciendan á los infiernos, y las de los que viven como hombres de razon suban al cielo; mas todavía por algun especial juicio de Dios puede suceder esto de otra manera; pero la doctrina segura y general es: Quien viviere bien, tendrá buena muerte. Pues por esta causa nadie debe asegurarse con ejemplos de gracias particulares; pues estos no hacen regla general, ni pertenescen á todos, sino á pocos, y esos no conocidos; por donde no puedes tú saber si serás del número dellos.

Otros alegan otra manera de remedio, diciendo que los sacramentos de la ley de gracia hacen al hombre de atrito contrito, y que entónces á lo ménos tendrán esta manera de disposicion, la cual junto con la virtud de los sacramentos será bastante para darles salud. La respuesta desto es (b): que no cualquier dolor basta para tener aquella manera de atricion, que junta con el sacramento da gracia al que lo recibe. Porque cierto es que hay muchas maneras de atricion, y de dolor, y que no por cualquier atricion destas se hace el hombre de atrito contrito; sino por sola aquella que en particular sabe el dador de la gracia, y otro fuera dél no puede saber.

No ignoraban esta teología los santos doctores, y con todo esto hablan con tanto temor en esta manera de penitencia, como arriba declaramos; y expresamente Sant Augustin en la primera autoridad que dél alegamos, habla del que recibe penitencia, y es reconciliado por los sacramentos de la Iglesia: al cual, dice, damos penitencia, mas no seguridad.

Y si me alegares para esto la penitencia de los ninivitas (c), que procedia del temor que tuvieron de ser destruidos dentro de cuarenta dias, mira tú, no solo la penitencia tan áspera que hicieron, sino tambien la mudanza de su vida; y múdala tú desá manera, y no te faltará esa misma misericordia. Pero veo que apenas has escapado de la enfermedad, cuando luego tornas á la misma maldad, y revocas cuanto tenias ordenado. ¿Qué quieres pues que juzgue desta penitencia?

§. V.

Conclusion de todo lo susodicho.

Todo esto se ha dicho, no para cerrar á nadie la puerta de la salud, ni de la esperanza (porque esta ni los santos la cierran, ni nadie la debe cerrar); sino para desencastillar á los malos deste lugar de refugio, adonde se acogen para perseverar en sus males. Pues dime agora, hermano, por amor de Dios; si todas las voces de los doctores, y de los santos, y de la razon, y de la mesma Escritura, tan peligrosas nuevas te dan desta penitencia, ¿cómo osas fiar tu salvacion de tan grande peligro? ¿En qué confias parar en aquella hora? ¿En tus aparejos

(a) Ecci. 3. (b) Soto in 4. d. 10. q. 6. art. 2. (c) Ion. 5.

y mandas de testamentos y oraciones? Ya ves la prisa que se dieron aquellas vírgines locas á proveerse, y las voces que dieron al esposo pidiéndole la puerta, y cuán poco les valieron; porque no procedian de verdadera penitencia (d). ¿Confias en las lágrimas que allí derramarás? Mucho valen cierto las lágrimas en todo tiempo, y dichoso el que las derramare de corazon; mas acuérdate cuántas lágrimas derramó aquel que por una golosina vendió su mayorazgo, y cómo, segun dice el Apóstol (e), no halló lugar de penitencia, aunque con tantas lágrimas labuscó; porque no lloraba por Dios, sino por el interesse que perdía. ¿Confias en los buenos propósitos que allí propondrás? Mucho valen tambien estos cuando son verdaderos; mas acuérdate de los propósitos que propuso el rey Antioco (f), el cual estando en este paso, prometió á Dios tan grandes cosas, que ponen admiracion á quien las lee, y con todo esto dice la Escritura: Hacia aquel malvado oracion á Dios, del cual no habia de alcanzar misericordia; y la causa era, porque todo aquello que proponia, no lo proponia con espíritu de amor, sino de puro temor servil, el cual aunque sea bueno, pero solo él no basta para alcanzar el reino del cielo. Porque temer las penas del infierno es cosa que puede proceder del amor natural que el hombre tiene á sí mismo; y amar el hombre á sí, no es cosa por la cual se dé á nadie este reino. De suerte que así como con ropa de sayal no entraba nadie en el palacio del rey Asuero (g), así tampoco entrará en el de Dios con ropa de sirvo, que es con solo este temor, si no va vestido con ropa de bodas, que es amor.

¡Oh pues, hermano mio! ruégote agora pienses atentamente que sin duda te has de ver en esta hora, y no será de aquí á muchos dias, pues ya ves la prisa que se dan los cielos á correr. Presto se acabará de hilar con tantas vueltas este copo de lana, que es nuestra vida mortal. Cerca está, dice el Profeta (h), el dia de la perdicion, y los tiempos se dan prisa por llegar. Pues acabado este tan ligero plazo, verná el cumplimiento destas profecias, y allí verás cuán verdadero profeta te he sido en lo que te he anunciado. Allí te verás cercado de dolores, fatigado con cuidados, agonizando con la presencia de la muerte, esperando la suerte que de ahí á poco te ha de caer. ¡Oh suerte dudosa! ¡Oh trance riguroso! ¡Oh pleito donde se espera sentencia de vida para siempre, ó muerte para siempre! ¡Quién pudiese entónces trocar aquellas suertes! ¡Quién tuviese mano en aquella sentencia! Agora la tienes: no la desprecies. Agora tienes tiempo para granjear al juez. Agora puedes ganarle la voluntad. Toma pues el consejo del Profeta que dice (i): Buscad al Señor en el tiempo que se puede hallar, y llamado cuando está cerca para os oír. Agora está cerca para nos oír, aunque no lo podemos ver; mas en la hora del juicio verse ha, pero no nos oirá, si dende agora no louviéremos merecido.

CAPITULO XXVII.

Contra los que perseveran en sus pecados con esperanza de la divina misericordia.

Otros hay que perseverando en su mala vida, se aseguran con la esperanza de la divina misericordia, y de la pasion de Cristo: á los cuales tambien será razon que demos su desengaño, como á todos los demas. Dices

(d) Matth. 25. (e) Hebr. 12. (f) 2. Mac. 9. (g) Esthér 4. (h) Deut. 32. (i) Isai. 55.

que es grande la misericordia de Dios, pues por los pecadores se puso en la Cruz. Yo te confieso que es muy grande, pues te consiente tan grande blasfemia como es hacer tú su bondad fautora de tu maldad; y que la Cruz que él tomó por medio para destruir el reino del pecado, tomes tú por medio para fortalecerlo; y donde le habias de ofrecer mil vidas que tuvieras por haber puesto la suya por tí, tomes de ahí ocasion para negarle esa sola que él te dió. Mas le dolió esto al Salvador que la mesma muerte que padescia; pues no quejándose della, se quejó deste agravio por su Profeta, diciéndo (a): Sobre mis espaldas fabricaron los pecadores, y extendieron su maldad. Dime, ruégote, ¿quién te enseñó á hacer esa consecuencia, que porque Dios es bueno, tomes tú licencia para ser malo, y salir con ello? A lo ménos el Espíritu Sancto no enseña á argüir desá manera, sino desta: Porque Dios es bueno merece ser servido, y obedecido, y amado sobre todas las cosas. Porque Dios es bueno es razon que yo lo sea, y espere en él que me perdonará por gran pecador que haya sido, si de todo corazon me volviere á él. Porque Dios es bueno, y tan bueno, por eso es mayor maldad ofender á tal bondad. Y así cuanto mas engrandesces la bondad en que confias, tanto mas encareces la culpa que contra ella cometes. Y esa tan grande culpa no es justo que quede sin castigo; y ese cargo pertenece á la divina justicia, que es, no como tú piensas, contraria, sino hermana y defensora de la divina bondad, la cual no consiente que tal ofensa quede sin debido castigo.

No es nueva esta manera de excusa, sino muy vieja y muy usada en el mundo; porque esta era la contienda que tenían los profetas verdaderos con los falsos: ca los unos amenazaban de parte de Dios castigos de justicia, y los otros prometian de su propia cabeza falsa paz y misericordia; y despues que el azote de Dios declaraba la verdad de los unos, y la mentira de los otros, decian los verdaderos profetas (b): ¿Dónde están vuestros profetas que os aseguraban, y decian: No vendrá Nabucodonosor sobre nosotros?

Dices que es grande la misericordia de Dios. Tú que eso dices, créeme que no te ha Dios abierto los ojos para que veas la grandeza de su justicia. Porque si esto fuera, tú dijeras con el Profeta (c): ¿Quién hay, Señor, que alcance á conocer el poder de vuestra saña, y que pueda contar la grandeza de vuestra ira?

Pues para que salgas dese engaño tan peligroso, ruégote que nos pongamos agora en razon. Ni tú ni yo habemos visto la justicia divina en sí mesma, para que por esta via podamos conocer su medida. Ni tampoco podemos en este mundo conocer á Dios sino por sus obras. Pues entremos agora en ese mundo espiritual de la Sagrada Escritura, y despues salgamos á este corporal en que vivimos; y notemos en el uno y en el otro las obras de la divina justicia, para que por ellas la conozcamos.

Sernos ha esta jornada muy provechosa; porque demas del fin que pretendemos, sacáremos otro fructo muy grande, que será avivar y criar en nuestros corazones el temor de Dios, el cual dicen los santos que es el tesoro, la guarda, y el peso de nuestras ánimas. Por donde así como el navío que va sin lastre y sin peso, no va seguro, porque cualquier viento recio basta para trastornarlo; así tampoco lo va el ánima que camina sin el peso deste

(a) Psal. 136. (b) Hier. 27. (c) Psal. 80.

temor. El temor la sostiene, para que los vientos de los favores humanos y divinos no la levanten y trastumben. Por muy rica que vaya, si carece deste peso, va á peligro. Y por tanto, no solo los principiantes, sino tambien los criados viejos en la casa del Señor, han de vivir con temor; y no solamente los culpados que tienen por qué temer, sino tambien los justos que no han hecho tanto por qué. Los unos temen porque cayeron, y los otros porque no caigan: á los unos los males pasados, y á los otros los peligros venideros deben poner temor.

Y si quieres saber cómo se engendrará en tí este sancto temor, dígotte que despues de infundido con la gracia, se conserva y cresce con esta consideracion de las obras de la divina justicia, de que agora comenzamos á tratar. Piénsalas, y rumíalas muchas veces, y poco á poco verás criado en tí este sancto temor.

§. I.

De las obras de la divina justicia que se cuentan en la sagrada Escritura.

La primera obra de la divina justicia (de que se hace mencion en la Escritura divina) fué la condenacion de los ángeles. El principio de los caminos de Dios fué aquella terrible y sangrienta bestia, que es el príncipe de los demonios, como se escribe en Job (d): Porque como todos los caminos de Dios sean misericordia y justicia (e), hasta aquella primera culpa no se habia descubierto la justicia. Encerrada estaba en el seno de Dios, como espada en su vaina, á la cual enviaba el profeta Ezequiel, si se cumpliera su deseo (f). Esta primera culpa hizo que se desvainase la espada; y mira tú aquel primer golpe qué tal fué. Alza los ojos, y verás una gran lástima, verás una de las mas ricas joyas de la casa de Dios, una de las principales hermosuras del cielo, una imágen en quien tan altamente resplandescia la hermosura divina, caer del cielo como un rayo (g) por un solo pensamiento soberbio. De príncipe entre los ángeles se hizo príncipe de los demonios; de hermosísimo, el mas feo; de gloriosísimo, el mas atormentado; de graciosísimo, el mayor enemigo de todos cuantos Dios tiene y tendrá jamas. ¿Qué cosa de tan grande admiracion debe ser esta para aquellos espíritus celestiales, los cuales tambien conocen de donde y adonde cayó una tan excelente criatura? ¿Con qué espanto dirán todas aquellas palabras de Isaías (h): Cómo caíste del cielo, lucero que salias á la mañana?

Deciende luego mas abajo al paraíso terrenal (i), y verás otra caída no ménos espantosa, si no fuera reparada. Porque si los ángeles cayeron, cada uno hizo su pecado actual por do cayese. Mas ¿qué pecado actual hace el niño que nace, por do nazca hijo de ira? No es menester que haya actualmente pecado: basta que sea de linaje de un hombre que pecó, y pecando corrompió la comun raiz de toda la naturaleza humana (k), que en él estaba, para que este nazca con su propio pecado. Es tan grande la gloria y la majestad de Dios, que haberle una criatura ofendido merece este tan espantoso castigo. Porque si aquel gran privado del rey Asuero, que se decia Aman, no se tenia por satisfecho con tomar venganza de solo Mardoqueo (l), de quien se tenia por injuriado, si no pareciale que conveia á su grandeza que todo el linaje de los judíos pagase con universal

(d) Job. 40. (e) Psal. 24. (f) Ezech. 21. (g) Luc. 10. (h) Isai. 14. (i) Gen. 3. (k) Ephes. 2. Psal. 50. (l) Esthér 5.

muerte el desacato de uno; ¿qué mucho es que la gloria y grandeza infinita de Dios pida este castigo? Cata aquí pues el primer hombre desterrado del paraíso por un bocado, el cual todo el universo mundo hasta el día de hoy está ayunando. Y al cabo de tantos siglos el hijo que nasce, saca la lanzada del padre; y no solo ántes que sepa pecar, sino ántes que nazca, nace hijo de ira; y esto á cabo de tantos siglos. En tan largo espacio no está aun olvidada aquella injuria por tantos hombres repartida, y con tantos azotes castigada; ántes todas cuantas penas hasta hoy se han padecido, y todas cuantas muertes ha habido, y todas cuantas ánimas arden y arderán para siempre en el infierno, todas son centellas que originalmente deciden de aquella primera culpa, y argumentos y testimonios de la divina justicia. Y todo esto pasa aun despues de la redempcion del género humano por la sangre de Cristo; porque á no estar esto de por medio, ¿qué diferencia hubiera del hombre al demonio, pues tan poco remedio tenia el uno y el otro para se salvar? ¿Parécete pues que es esta razonable muestra de la justicia divina?

Y como si no bastara este yugo tan pesado sobre los hijos de Adam, añadiéronse de ahíadelante otros y otros nuevos castigos por otros nuevos pecados, que (como dijimos) se derivaron de aquel pecado. Todo el universo mundo pereció con las aguas del diluvio (a). Sobre aquellas cinco deshonestas ciudades llovió Dios fuego y piedra azufre del cielo (b). A Dathan y Abiron, por una competencia que tuvieron con Moysen, tragó la tierra vivos (c). Dos hijos de Aaron, Nadab y Abiú, porque dejaron de guardar una cerimonia en su sacrificio, fuéron súbitamente abrasados con el fuego del santuario (d); sin que les valiese la dignidad del sacerdocio, ni la sanctidad del padre, ni la privanza que tenia con Dios Moysen su tio. Ananías y Saphira, en el Nuevo Testamento, por una mentira que dijeron, al parecer liviana, en un punto los arrebató la muerte juntos (e).

¿Pues qué diré de los juicios espantosos de Dios? Salomon, el mas sabio de los hijos de los hombres (f), y tan amado de Dios, que le mandó él poner por nombre: *El amado del Señor* (g), vino por sus altos juicios á dar en el extremo de todos los males, que fué arrodillarse ante las estatuas de los ídolos. ¿Qué cosa mas para temer? Y si supieses los juicios que desta manera acaescen cada día en la Iglesia, no ménos por ventura te espantaria que todo lo dicho; porque verias muchas estrellas del cielo caidas en tierra; verias muchos que asentados á la mesa de Dios comian pan de ángeles, venir á desear hinchir sus vientres de manjares de puercos (h); verias muchas castidades mas finas y mas hermosas que el marfil antiguo, tiznadas y convertidas en carbones de fuego: de lo cual todo fuéron causa las culpas y pecados de los que cayeron; porque la ordenacion y los juicios de Dios no ponen necesidad á las obras de los hombres, ni les quitan su libre albedrío.

Mas sobre todo esto, ¿qué mayor muestra de justicia que no contentarse Dios con otra menor satisfaccion, que la muerte de su unigénito Hijo para haber de perdonar al mundo? Qué palabras tan para sentir aquellas que el Salvador dijo á las mujeres que le iban llorando (i): Hijas de Hierusalem, no lloreis sobre mí, sino sobre vosotras, y sobre vuestros hijos; porque dias vendrán

(a) Gen. 7. (b) Gen. 19. (c) Num. 16. (d) Levit. 10. (e) Act. 5. (f) 3. Reg. 11 et 12. (g) 2. Reg. 12. (h) Luc. 15. (i) Luc. 25.

en que diréis: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron. Entónces dirán á los montes: Caed sobre nosotros; y á los collados: Cubridnos. Porque si esto se hace en el madero verde, ¿en el seco qué se hará? Como si mas claramente dijera: Si este árbol de vida y de inocencia (en el cual nunca hubo gusano ni carcoma de pecado) así arde con las llamas de la justicia divina por los pecados ajenos; ¿cómo arderá el árbol estéril y seco, á quien no la caridad, sino la maldad tiene tan cargado de los suyos propios? Pues si en esta que fué obra de tanta misericordia ves tan grande rigor de justicia, ¿qué será en las otras obras, donde no resplandesce tanto esta misericordia?

Mas si por ventura eres tan rudo que no penetras la fuerza desta razon, párate á considerar aquella eternidad de las penas del infierno, y mira cuán espantable sea aquella justicia, que el pecado que se puede hacer en un punto, castiga con eterno tormento. Con esa tan grande misericordia que alabas, se compadece esta tan espantable justicia que ves. Qué cosa tan espantosa como ver de la manera que estará aquel sumo Dios mirando dende el trono de su gloria un ánima que habrá estado penando millones de años en tan terribles tormentos, y que no por eso se inclinará jamas á compasion della, sino ántes se holgará que pene, y que esta pena sea sin cabo, y sin término, y sin esperanza de remedio. ¡Oh alteza de la justicia divina! ¡Oh cosa de grande admiracion! ¡Oh secreto y abismo de altísima profundidad! ¡Qué hombre hay tan fuera de juicio, que considerando esto no se estremezca y admire de tan grande castigo?

S. II.

De las obras de la divina justicia que en este mundo se ven.

Mas dejemos agora la Escritura Sagrada, y salgamos á este mundo visible, y en él hallaremos otras obras de grandísima y espantosa justicia. Dígoteme de verdad que los que tienen un poquito de lumbré y conocimiento de Dios, viven en este mundo con tan gran temor y espanto destas obras, que hallando salida para todas las otras obras divinas, no la hallan para esta, sino en sola la humilde y sencilla confesion de la fe. ¿A quién no pone en admiracion ver cuasi toda la haz de la tierra cubierta de infidelidad? ¿ver que tan grande sementera tienen aquí los demonios para poblar los infiernos? ¿ver que tan gran parte del mundo, aun despues de la redempcion del género humano, se está como de ántes en las tinieblas de sus errores? ¿Qué es toda la tierra de cristianos, comparada con la que hay de infieles, y con la que cada día se va descubriendo, sino un estrecho rincon? Y todo lo demas tiene tirannizado el reino de las tinieblas: donde no resplandesce el sol de justicia; donde no ha amanecido la lumbré de la verdad; donde, como en los montes de Gelboé, no cae agua ni rocío del cielo (k); donde cada día dende el principio del mundo se llevan los demonios tantas presas de ánimas á los fuegos eternos; pues está claro que así como fuera del Arca de Noé no escapó ninguno en tiempo del diluvio (l), ni fuera de la casa de Raab se guareció ninguno de los moradores de Hiericó (m), así ninguno se salva fuera de la casa de Dios, que es su Iglesia.

(k) 2. Reg. 1. (l) Gen. 7 et 2. Petr. 2. (m) Josue 6.

Pues ese pedazo que hay de cristiandad, mira de la manera que está en nuestros tiempos, y hallarás por cierto que en todo este cuerpo místico, dende la planta del pié hasta la cabeza, apenas hay cosa del todo sana (a). Saca á fuera algunas ciudades principales (donde hay algun rastro de doctrina), y discurre por todo esotro carruaje de villas y lugares (donde no hay memoria della), y hallarás muchos pueblos de quien se puede verificar aquello que dijo Dios en un tiempo por Hierusalem (b): Rodead todas las calles y barrios de Hierusalem, y buscad un hombre que sea verdaderamente justo, y yo usaré de misericordia con él. Corre, no digo ya por todos los mesones y plazas, que estos son lugares dedicados á mentiras y trampas, sino por todas las casas de vecinos, y, como dice Hieremías (c), pon la oreja á escucharlo que hablan, y hallarás que apenas se oye palabra que buena sea: sino que aquí oírás murmuraciones, allí torpezas, aquí juramentos, allí blasfemias, y rencillas, y cobdicias, y amenazas; y finalmente en toda parte el corazon y lengua tratan de la tierra y de sus ganancias, y en muy pocas de Dios y de sus cosas, sino es para jurar y perjurar su nombre: que es aquella memoria de que se queja él mismo por su Profeta diciendo (d): Acuérdate de mí, mas no como debrian, jurando por mi nombre mentiras. De manera que á lo ménos por las insignias que se ven de fuera, apenas podrás juzgar si aquel pueblo es de cristianos ó de gentiles; sino es por ventura por las torres de las campanas que asoman de lejos, ó por los juramentos, ó perjurios que se oyen de cerca; y por todo lo demas apenas lo conocerás. Pues ¿cómo pueden entrar estos en la cuenta de aquellos de quien dice Isafas (e): Todos cuantos los vieren luego los conocerán; porque estas son las plantas á quien bendijo el Señor? Pues si tal ha de ser la vida del cristiano, que todos cuantos le vieren le juzguen por hijo de Dios; ¿en qué cuenta pondrémos á estos que mas parecen burladores y despreciadores de Cristo, que cristianos?

Pues si tantos son los pecados y males del mundo, ¿cómo no ves aquí claro los indicios y efectos de la justicia del cielo? Porque no se puede negar que así como uno de los mayores beneficios de Dios es preservar al hombre de pecado, así uno de los mayores castigos y señales de ira es dejarlo caer en ellos. Y así leemos en el libro de los Reyes (f) que el furor de Dios se airó contra Israel: por donde permitió á David caer en aquel pecado de soberbia, cuando mandó contar el pueblo. Y así tambien leemos en el Ecclesiástico (g) que á los varones misericordiosos apartará Dios de todo mal, y no permitirá que se vean envueltos en pecados. Porque así como una parte del premio de la virtud es acrescentamiento desta mesma virtud, así muchas veces el castigo del pecado es permitir Dios otros pecados. Y así vemos que el mayor castigo que se dió por el mayor de los pecados del mundo (que fué la muerte del Hijo de Dios), fué aquel que denuncia el Profeta contra los obradores desta maldad, diciendo (h): Añade, Señor, maldad á las maldades dellos, y no entren en tu justicia, que es en la obediencia y guarda de tus mandamientos. ¿Y qué se sigue de ahí? Luego lo declara el mesmo Profeta, diciendo: Sean borrados del libro de la vida y no sean escriptos con los justos.

(a) Job. 2. Isai. 1. (b) Hier. 5. (c) Hier. 8. (d) Zachar. 3. Isai. 48. (e) Isai. 64. (f) 2. Reg. 24. (g) Eccl. 44. (h) Psalm. 68.

Pues si tan grande castigo, y tan grande muestra de ira es castigar Dios pecados con pecados; ¿cómo entre tanta muchedumbre de pecados como hierven en el mundo, no ves las señales de la justicia divina? A do quiera que volviéredes los ojos (como el que está engolfado en la mar, que no ve sino cielo y agua), apenas verás otra cosa que pecados; y viendo pecados, ¿no ves justicia? ¿En medio de la mar no ves agua? Y si todo este mundo es un mar de pecados, ¿qué será sino un mar de justicia? No he menester yo decender al infierno para ver cómo resplandesce allí la justicia divina: bástame estar en este mundo para verla.

Y si á todo lo que está fuera de tí estás ciego, mira siquiera á tí mesmo: que si estás en pecado, estás debajo de la lanza desta justicia, y miéntras mas seguro y mas confiado, mas caido debajo della. Así estuvo un tiempo Sant Augustin, como él mismo lo confiesa, diciendo: Estaba yo ahogado en el golfo de los pecados y habia prevalescido contra mi tu ira, y yo no la conocia. Hábiame hecho sordo con el ruido de las cadenas de mi mortalidad, y esta ignorancia de tu ira y de mi culpa era pena de mi soberbia. Pues si Dios te ha castigado desta manera, permitiéndote estar tanto tiempo ahogado y ciego en tus maldades; ¿cómo cuentas de la feria tan al reves de como te va en ella? El favorecido cuente de las misericordias de Dios; mas el justiciado de sus justicias. Con la misericordia de Dios se compadece dejarte tanto tiempo en pecado; ¿y no se compadecerá inviarte al infierno? ¡Oh si supieses cuán poco camino hay de la culpa á la pena, y de la gracia á la gloria! Puesto un hombre en gracia, ¿qué mucho es darle la gloria? y caido en una culpa, ¿qué mucho es darle la pena? La gracia es principio y merecimiento de la gloria, y el pecado es infierno merecido y comenzado.

Demas desto, ¿qué cosa puede ser mas espantable que siendo las penas del infierno tan horribles, como arriba dijimos (i), consenta Dios que sea tan grande el número de los que se condenan, y tan pequeño el de los que se salvan? Qué tan pequeño sea este número (porque no pienses que esto es adivinar), dícelo aquel que cuenta las estrellas del cielo, y á cada una llama por su nombre (k). ¿A quién no espantan aquellas palabras tan bien sabidas, y tan mal sentidas, que el Señor respondió á los discipulos, cuando le preguntaban si eran pocos los que se salvaban, diciendo (l): Entrad por estrecha puerta; porque ancha es la puerta, y muy seguido el camino que va á la perdicion, y muchos son los que van por él? ¡Cuán estrecha es la puerta, y cuán angosto el camino que va á la vida! y pocos son los que afinan con él. ¡Quién sintiera lo que el Salvador sentia, cuando no simplemente, sino con aquella exclamacion y encarecimiento, dijo (m): ¡Cuán estrecha es la puerta, y cuán angosto el camino! Todo el mundo pereció con las aguas del diluvio, y solas ocho ánimas se escaparon en el Arca de Noé: lo cual, como dice Sant Pedro en su Canónica (n), es figura de cuán poquitos son los que se salvan, en comparacion de los que se condenan.

Seiscientos mil hombres sacó Dios de Egipto para llevar á la tierra de promision (o), sin mujeres y niños que no se cuentan, y para esto fuéron ayudados con mil favores del cielo; y con todo esto la tierra que les habia

(i) Cap. 10. (k) Psalm. 146. (l) Matth. 7. Luc. 13. (m) Vide Climacum, fol. 110. (n) 2. Petr. 2. (o) Exod. 12.

Dios ofrecido por su gracia, perdieron ellos por su culpa (a); pues de tanto número de hombres solos dos entraron en ella (b). Donde todos los doctores comunmente dicen ser esto figura de los muchos que se condenan, y de los pocos que se salvan: que es, de ser muchos los llamados, y pocos los escogidos (c). Por donde no sin causa se llaman los justos muchas veces en la Escritura Divina (d), piedras preciosas; para dar á entender que son tan raros en el mundo como ellas, y que la ventaja que hace el número de las otras piedras toscas á estas, esa hace el número de los malos al de los buenos, como lo testificó Salomon, cuando dijo (e) que era infinito el número de los locos. Pues dime ahora, si tan pocos y tan contados son los escogidos, como te dice la figura y la verdad (pues ves cuantos fueron por justo juicio de Dios privados de aquello para que fueron llamados), ¿cómo no temerás tú en ese tan común peligro y diluvio universal? Si fueran las partes iguales, aun había grandísima razón para temer. ¿Mas qué digo partes iguales? Dígame de verdad que es tan grande mal infierno para siempre, que aunque no hubiera de ser mas que un hombre solo en todo el linaje humano el que hubiese de ir á él, solo este había de hacer temblar á todos los otros. Cuando el Salvador cenando con sus discípulos dijo (f) que uno de ellos le había de vender, todos comenzaron á temer, aunque su conciencia los aseguraba; porque cuando el mal es grande, aunque sea de pocos, cada uno teme por la parte que le puede caber. Si estuviese un grande ejército de hombres en un campo, y supiesen todos por revelacion de Dios que había de caer un rayo y matar á uno, sin saber á quien, no hay duda sino que cada uno temería su propio peligro. ¿Pues qué sería si la mitad dellos, ó la mayor parte hubiese de peligrar? ¿Cuánto sería mayor este temor? Pues dime, hombre sabio para todas las cosas del mundo, y del todo bruto para tu salvacion, revélate aquí Dios que han de ser tantos los que aquel rayo de la divina justicia ha de herir, y tan pocos los que han de escapar, y no sabes tú á cual parte desta perteneces, ¿y con todo eso no temes? ¿Es por ventura ménos mal el infierno que el rayo? ¿Hate Dios á tí asegurado? ¿Tienes cédula de tu salvacion? Hasta agora ninguna cosa te asegura, y tus obras te condenan, y segun la presente justicia (sino vuelves la hoja) estás reprobado: ¿y con todo esto no temes?

Dices que te esfuerza la misericordia divina. Esa no deshace lo dicho: antes si con ella se compadece tanto número de perdidos, ¿no se compadecerá que seas tú tambien uno dellos, si vivieres como ellos? ¿No ves, miserable de tí, que te engaña el amor proprio, pues te hace presumir de tí otra cosa que de todo el mundo? Porque, ¿qué privilegio tienes tú mas que todos los hijos de Adam, para que no vayas tú donde van aquellos cuyas obras imitas?

Y si por sus obras habemos de conocer á Dios (como arriba se dijo), una cosa te sé decir: que aunque sean muchas las comparaciones que se pueden hacer de la misericordia á la justicia (donde siempre son aventajadas las obras de la misericordia), pero en cabo venimos á hallar que en el linaje de Adam, de quien tú decides (g), mas son los vasos de ira, que los de misericordia; pues son tantos los que se condenan y tan pocos los que se salvan. Lo cual no es porque falte á nadie el favor y ayuda de

(a) 1. Cor. 10. (b) Núm. 14. (c) Matth. 20. (d) Apoc. (e) Eccl. 1. (f) Joan. 15. Marc. 14. (g) Rom. 9.

Dios, el cual, como dice el Apóstol (h), quiere que todos se salven, y vengan al conocimiento de la verdad; sino por falta de los malos que no se quieren aprovechar de los favores de Dios.

He dicho todo esto, para que entiendas que si con esta tan grande misericordia de Dios que tú alegas, se compadece que haya en el mundo tantos infieles, y en la Iglesia tantos malos cristianos; y que si de los infieles se pierden todos, y de los cristianos tantos, tambien se compadecerá que te pierdas tú tambien con ellos, si fueses tal como ellos. ¿Por ventura rieronse á tí los cielos cuando nacias, ó mudáronse entónces los derechos de Dios, y las leyes de su Evangelio, porque para tí haya de ser un mundo, y para los otros otro? Pues si con esta tan gran misericordia se compadesce que el infierno haya dilatado su seno, y que deciendan cada dia millares de ánimas á él (i), ¿no se compadecerá que decienda tambien la tuya, si vivieres esa mesma vida? Y porque no digas que entónces era Dios riguroso y agora manso, mira que con esa mansedumbre se compadece agora todo esto que has oido; para que no dejes tú tambien de temer tu castigo, aunque seas cristiano, si eres malo.

¿Perderá por ventura Dios su gloria, si tú solo dejas de entrar en ella? ¿Tienes tú algunas grandes habilidades de que Dios tenga particular necesidad, porque te haya de sufrir con todas tus tachas buenas y malas? ¿ó tienes algun especial privilegio mas que los otros, porque no te hayas de perder con ellos, si fueres malo como ellos? Pues á los hijos de David, que fueron privilegiados por los méritos de su padre, no dejó Dios de dar su merecido, cuando fueron malos (k); y así muchos dellos acabaron desastradamente (l); ¿y estás tú vanamente confiado, creyendo que con todo eso estás seguro? Yerras, hermano mio, yerras si crees que eso sea esperar en Dios. No es esa esperanza, sino presumpcion; porque esperanza es confiar que arrepintiéndote y apartándote del pecado, te perdonará Dios, por malo que hayas sido; mas presumpcion es creer que perseverando siempre en mala vida, todavía tienes tu salvacion segura. Y no pienses que es este cualquier pecado; porque él es uno de los pecados que se cuentan contra el Espíritu Sancto (porque esto es injuriar y usar mal de la bondad de Dios, que especialmente se atribuye al Espíritu Sancto); los cuales pecados dice el Salvador (m) que no se perdonan en este siglo ni en el otro: dando á entender que son dificultosísimos de perdonar; porque cuanto es de su parte cierran la puerta de la gracia, y ofenden al mesmo médico que nos ha de dar la vida.

§. III.

Conclusion de todo lo dicho.

Concluyamos pues esta materia con aquel desengaño que el Espíritu Sancto nos da por el Eclesiástico, diciendo (n): Del pecado perdonado no dejes de tener temor, y no digas: misericordioso es el Señor; no se acordará de la muchedumbre de mis pecados. Porque su misericordia y su ira están muy cerca, y su ira tiene los ojos puestos sobre los pecadores. Dime ruégote: si de los pecados ya perdonados nos manda tener temor, ¿cómo tú

(h) 1. Tim. 2. (i) Isai. 5. (k) 5. Reg. 2. et 9. Reg. 18. (l) Absalom, Amnon, Adonias. (m) Matth. 12. (n) Eccl. 5.

no temes añadiendo cada dia pecados á pecados? Y nota bien aquella palabra que dice que la ira divina mira á los pecadores; porque desahende el entendimiento desta materia. Para lo cual has de saber que aunque la misericordia de Dios se extiende á justos y pecadores, y á todos alcance su parte, conservando á los unos y llamando y esperando á los otros; pero con todo eso; aquellos grandes favores que promete Dios en sus Escrituras, señaladamente pertenescen á los justos; los cuales así como guardan fielmente las leyes de Dios, así les guarda él fielmente su palabra, y les es verdadero padre, como ellos le son obedientes hijos. Y por el contrario cuanto lees de amenazas, y maldiciones, y rigores de justicias, todo eso habla contigo, y con los tales como tú. Pues ¿qué ceguedad es la tuya, que no tengas miedo de las amenazas que hablan contigo, y tomes grande contentamiento con las palabras que no dicen á tí? Toma la parte que te cabe, y deja al justo su hacienda. Para tí es la ira; teme. Para el justo el amor y la bienquerencia; alégrese. ¿Quiéreslo ver? Mira qué dice David (a): Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos sobre las oraciones dellos. Sobre su rostro airado está sobre los malos; para destruir de la tierra la memoria dellos. Y en el libro de Esdras hallarás escritas estas palabras (b): La mano del Señor (que es su providencia paternal) está puesta sobre aquellos que de verdad lo buscan; mas su imperio, y su fortaleza, y su furor, contra todos los que lo desamparan.

Pues si esto es así, tú, miserable, que perseveras en pecado, ¿cómo andas engañado? ¿cómo cruzas los brazos? ¿cómo truecas las cartas? no dice á tí ese sobre escrito. No habla contigo en ese estado de ira y de enemistad la dulzura del amor y de la bienquerencia divina. Esa parte es de Jacob: no pertenece á Esaú. Esa suerte es de los buenos: tú que eres malo, ¿qué tienes que ver con ella? deja de serlo, y será tuya. Deja de serlo, y hablará contigo la benevolencia y la providencia paternal de Dios. Entretanto tiranno eres, y usurpador de lo ajeno, y en lo vedado quieres entrar. Espera en el Señor, dice David (c), y haz buenas obras. Y en otro lugar (d): Sacrificad (dice él) sacrificio de justicia, y espera en el Señor. Esta es buena manera de esperar, y no haciéndote truhan de la divina misericordia, perseverar en pecado, y pensar de ir al paraíso. El buen esperar es apartándote de las malas obras, y llamando á Dios; mas si obstinadamente perseveras en ellas, no es esperar, sino presumir; no es esperar, y esperando merecer misericordia, sino ofendiendo á la misericordia, hacerse indigno della. Porque así como la Iglesia no vale al que confiando en ella sale della á hacer mal; así es justo que no valga la misericordia de Dios al que se favorece della para el mal.

Esto habian de considerar los dispensadores de la palabra de Dios; los cuales muchas veces no mirando con quien hablan, dan ocasion á los malos para perseverar en sus males. Debrian mirar, que así como á los cuerpos enfermos el que mas les da de comer, mas los daña; así á las ánimas obstinadas en pecados, el que mas las sustenta con esta manera de confianza, mas motivo les da para continuar la mala vida.

Finalmente, acabo esta materia con aquella prudente sentencia de Sant Augustin, el cual dice que esperando y desesperando, van los hombres al infierno: esperando

(a) Psal. 33. (b) 1. Ecd. 8. (c) Psal. 56. (d) Psal. 1.

mal en la vida, y desesperando peor en la muerte. Así que, hermano mio, déjate esas presumptuosas confianzas, y acuérdate que hay en Dios misericordia y justicia; por donde así como pones los ojos en la misericordia para esperar, así tambien los debes poner en la justicia para temer. Porque (como dice muy bien Sant Bernardo), dos piés tiene Dios, uno de misericordia y otro de justicia, y nadie debe abrazar el uno sin el otro; porque la justicia sola sin misericordia no nos haga temer tanto, que desesperemos: ni la misericordia sola sin la justicia nos haga presumir y esperar tanto, que perseveremos en el mal vivir.

CAPITULO XXVIII.

Contra los que se excusan diciendo que es áspero y dificultoso el camino de la virtud.

Otra excusa suelen alegar en su favor los hombres del mundo para desamparar la virtud, diciendo que es áspera y dificultosa: aunque esta aspereza bien conocen que no nasce della (pues como amiga de la razon es muy conforme á la naturaleza de la criatura racional), sino de la mala inclinacion de nuestra carne y apetito: la cual nos vino por el pecado. Por lo cual dijo el Apóstol (e): Que la carne cobdiciaba contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, y que estas dos cosas eran entre sí contrarias. Y en otro lugar: Huélgome, dice él (f), con la ley de Dios segun el hombre interior; mas siento otra ley en mis miembros que contradice á la de mi ánima y me captiva y subjecta al pecado. En las cuales palabras da á entender él que la virtud y la ley de Dios es conforme y agradable á la porcion superior de nuestra ánima, que es toda espiritual (donde está el entendimiento y la voluntad); mas la guarda della se impide por la ley de los miembros, que es por la mala inclinacion y corrupcion de nuestro apetito con todas sus pasiones; el cual rebeló contra la porcion superior desta ánima, cuando ella rebeló contra Dios: la cual rebellion es causa de toda esta dificultad. Pues por esta razon son tantos los que dan de mano á la virtud, aunque la estimen en mucho, como hacen algunas veces los enfermos, que aunque desean la salud, aborrescen la medicina, porque la tienen por desabrida. Por do parece que si sacásemos á los hombres deste engaño, habríamos hecho una gran jornada; pues esto es lo que principalmente los aparta de la virtud; porque por lo demas no hay en ella cosa que no sea de grandísimo precio y dignidad.

§. I.

De cómo la gracia que se nos da por Cristo hace fácil el camino de la virtud.

Has pues agora de saber que la causa principal deste engaño es poner los hombres los ojos en sola esta dificultad que hay en la virtud, y no en las ayudas que de parte de Dios se nos ofrecen para vencerla; que es aquella manera de engaño que padescia el discípulo del profeta Eeliseo (g) segun arriba declaramos, el cual como veia el ejército de Siria que tenia cercada la casa de su Señor, y no veia el que de parte de Dios estaba en su defensa, desmayaba y teniase por perdido; hasta que por oracion del sancto Profeta le abrió Dios los ojos, y vió cuánto mayor poder había de su parte que de la de los contrarios. Pues tal es el engaño destes que hablamos: porque como ellos experimentan en sí la dificultad de la virtud, y no han experimentado los favores y socorro

(e) Galat. 3. (f) Rom. 7. (g) 4. Reg. 6.